

Con tiempo de 1h59m41s, el etíope Yomif Kejelcha quedó a un pestaño de entrar en la historia

Número dos: el hombre que batió el umbral de las dos horas en el maratón y no ganó

ESTEBAN ÁBARZÚA

Yomif Kejelcha entra a los últimos dos kilómetros del maratón de Londres. El corredor etíope va derecho, flaco, entero apenas por una decisión que ya no parece muscular. Lleva cuarenta kilómetros encima y todavía conserva energía para derrotar a las dos horas. El Támesis queda a un costado; la ciudad muestra sus pruebas finales: Victoria Embankment, Parliament Square, Birdcage Walk, Buckingham Palace, The Mall. Kejelcha todavía corre hacia una puerta que nadie había cruzado oficialmente.

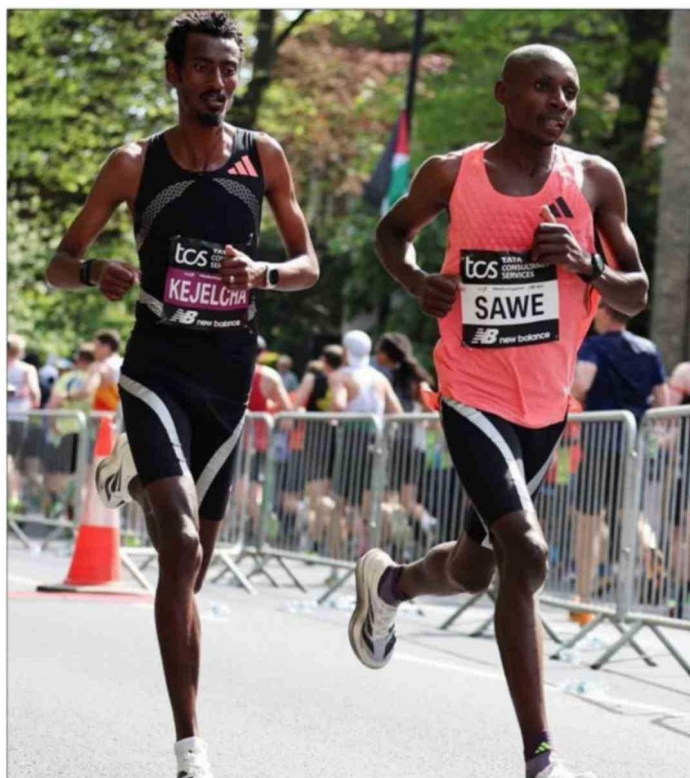
Cruza la meta en 1h59m41s. Un detalle que no es un mero detalle: en el primer maratón de su vida. Diecinueve segundos antes del sueño imposible.

En cualquier otro día anterior de la historia de la humanidad se habría consagrado para siempre. Pero le tocó, el 26 de abril de 2026 en Londres, compartir el viaje con Sabastian Sawe.

El debutante que venía de la pista, de la milla bajo techo, de los 3.000, de los 5.000 metros, del medio maratón, acaba de meterse en una zona que hasta hace poco pertenecía a los laboratorios y a la fe privada de los corredores.

Es una proeza. Pero once segundos antes ya había pasado por ahí Sabastian Sawe.

La historia, brutal con los matices, eligió al keniano. Sawe ganó en 1h59m30s y se quedó con la frase inaugural: el primer hombre bajo dos horas en un maratón oficial. Kejelcha quedó segundo, aunque su carrera habría sido récord del mundo en cualquier otro domingo anterior en la historia de la humanidad. Esa es la crueldad exacta del atletismo. Once segundos en 42,195 kilómetros. En promedio, Sawe le sacó a Kejelcha 26 milésimas de segundo cada 100 metros. Una pestaña. Una respiración. Una migaja de tiempo, la nada misma. "La posición de una coma puede



El último tramo de la carrera en Londres 2026. Kejelcha empieza a quedarse atrás.

La ciencia feroz de los detalles: zapatillas de 97 gramos, carbohidratos medidos, botellas, geles, semanas monstruosas, descanso vigilado. La épica moderna también tiene planillas. Los héroes calculan, pesan, repiten. Pero al final, cuando el cuerpo entra en su zona de ruina, queda lo único que no se puede tercerizar: seguir.

Hasta los 30K había tres corredores encerrados en la misma burbuja. Jacob Kiplimo, Yomif Kejelcha y Sabastian Sawe. Kiplimo entonces empezó a desprenderse. Sawe y Kejelcha siguieron juntos. El campeón y el debutante. El escolar que maduró hasta el trono y el niño que abandonó la escuela para obedecer a sus piernas. En Victoria Embankment, Kejelcha todavía era una sombra sobre el hombro derecho de Sawe. Después de los 40K ocurrió una escena mínima: Kejelcha dejó pasar su último líquido; Sawe tomó el suyo y encontró otra energía. De pronto el keniano se fue.

No fue una demolición, ni tenía que serlo. Fue peor: una diferencia pequeña, educada, irremontable. Sawe pasó por Buckingham Palace y entró a The Mall como quien acaba de inventar una calle. Kejelcha lo siguió dentro de la misma fotografía, pero en otro lugar de la frase: una coma después. Sawe diría luego que estaba tan concentrado en competir con su amigo Yomif que sólo entendió el récord al ver el reloj. También dijo: "Es un día para recordar para mí y mi familia". Kejelcha dejó una confesión más desnuda: "Corrí relajado y controlado hasta los 41K y después mis piernas estaban acabadas. Estoy muy feliz y orgulloso. Este es mi sueño".

cambiar el sentido de una novela de ochocientas páginas", escribe David Foenkinos en "Número dos", donde cuenta la vida de Martin Hill: el niño que llegó segundo detrás de Daniel Radcliffe en el casting para elegir al actor que interpretaría la saga de Harry Potter.

Kejelcha ya sabe algo sobre comas. Nació en Oromia, Etiopía, quinto de nueve hermanos, y para correr dejó la escuela en noveno grado contra el de-

seo de su padre. El hijo que cambia el cuaderno por el camino, la casa por un campamento, la promesa escolar por una promesa física. Sawe, en cambio, empezó a correr en la escuela primaria y siguió en la secundaria. Su relato avanza por continuidad; el de Kejelcha, por ruptura. Uno se desarrolló dentro del cauce. El otro tuvo que salirse para descubrir su camino.

Ambos llegaron a Londres con la ciencia detrás, el 26 de abril de 2026.